

años lo que se obligan; y porque es mucho, los llaman esclavos; que aun cuando comen buevos, les parece que el Rey les hace merced. Oí decir que les tasaban lo que habian de comer, y lo demás les tomaban. Visten á esta causa pobrísimamente. Y en fin, no alcanzan ni tienen sino una olla para cocer yerbas, y una piedra ó un par para moler su trigo, y una estera para dormir. Y no solamente daban este pecho los renteros y los herederos, pero aun servian con las personas todas las veces que el gran señor queria, aunque no queria sino en tiempos de guerras y caza. Era tanto el señorío que los reyes de Méjico tenían sobre ellos, que callaban aunque les tomasen las hijas para lo que quisiesen, y los hijos; y por esto dicen algunos que de tres hijos que cada labrador y no labrador tenia, daba uno para sacrificar, lo cual es falso; que si así fuera, no parara hombre en la tierra, y no estuviera tan poblada como estaba, y porque los señores no comian hombres sino de los sacrificados, y los sacrificados, por maravilla eran personas libres, sino esclavos y presos en guerra. Cruels carniceros eran, y mataban entre año muchos hombres y mujeres y algunos niños; empero no tantos como dicen, y los que eran después los contarémos por días y cabezas. Todas estas rentas traian á Méjico á cuestras los que no podian en barcas, á lo menos las que menester eran para mantener la casa de Moteczuma. Las demás gastaban con soldados ó trocábanse á oro, plata, piedras, joyas y otras cosas ricas, que los reyes estiman y guardan en sus recámaras y tesoros. En Méjico habia trojes, graneros, y, como ya dije, casas en que encerrar el pan, y un mayordomo mayor con otros menores, que lo rescibian y gastaban por concierto y cuenta en libros de pintura; y en cada pueblo estaba su cogedor, que eran como alguaciles, y traian varas y ventalles en las manos; los cuales acudian, y daban cuenta con paga de la cogida y gente, por padron que tenían del lugar y provincia de su partido, á los de Méjico. Si erraban ó engañaban, morian por ello, y aun penaban á los de su linaje, como parientes de traidor al Rey. A los labradores, cuando no pagaban, prenden; y si están pobres por enfermedades, espéranlos; si por holgazanes, aprémianlos. En fin, si no cumplen y pagan á ciertos plazos que les dan, pueden á los unos y á los otros tomar por esclavos y venderlos para la deuda y tributo, ó sacrificarlos. Tambien tenia muchas provincias que le tributaban cierta cantidad y reconocian en algunas cosas de mayoría; pero esto mas era honra que provecho. De suerte pues que por esta via tenia Moteczuma, y aun le sobraba, para mantener su casa y gente de guerra, y para tener tanta riqueza y aparato, tanta corte y servicio; y mas, que de todo esto no gastaba nada en labrar cuantas casas queria; porque ya de gran tiempo están diputados muchos pueblos allí cerca, que no pechan ni contribuyen en otra cosa mas de en hacerle casas, repararlas y tenerlas siempre en pié á costa suya propia; que ponian su trabajo, pagaban los oficiales y traian á cuestras ó rastrando el canto, la cal, la madera y agua y todos los otros materiales necesarios á las obras. Y ni mas ni menos proveian, y muy abundantemente, de cuanta leña se quemaba en las cocinas, cámaras y braseros de palacio, que eran muchos, y ha-

bian menester, á lo que cuentan, quinientas cargas de tamemes, que son mil arrobas; y muchos dias de invierno, aunque no es recio, muchas mas. Y para los braseros y chimineas del Rey traian cortezas de encina y otros árboles, porque era mejor fuego, ó por diferenciar la lumbre, que son grandes aduladores, ó porque mas fatiga pasasen. Tenia Moteczuma cien ciudades grandes con sus provincias, de las cuales llevaba las rentas, tributos, parias y vasallaje que dije, y donde tenia fuerzas, guarnicion y tesoreros del servicio y pechos, á que eran obligadas. Extendíase su señorío y mando de la mar del Norte á la del Sur, y docientas leguas por la tierra adentro; bien es verdad que habia en medio algunas provincias y grandes pueblos, como Tlaxcallan, Mechuacan, Pánuco, Tecoatepec, que eran sus enemigos, y no le pagaban pecho ni servicio; mas valíale mucho el rescate y trueque que habia con ellos cuando queria. Habia asimesmo otros muchos señores y reyes, como los de Tezcucó y Tlacopan, que no le debian nada, sino la obediencia y homenage; los cuales eran de su mismo linaje, y con quien casaban los reyes de Méjico sus hijas.

#### De Méjico Tenchtitlan.

Era Méjico cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas. Las del Rey y de los señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas; mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, tres y diez moradores; y así, hay en ella infinitisima gente. Está fundada sobre agua, ni mas ni menos que Venecia. Todo el cuerpo de la ciudad está en agua. Tiene tres maneras de calles anchas y gentiles. Las unas son de agua sola, con muchísimas puentes, las otras de sola tierra, y las otras de tierra y agua, digo, la mitad de tierra, por donde andan los hombres á pié, y la mitad agua, por do andan los barcos. Las calles de agua, de suyo son limpias; las de tierra barren á menudo. Casi todas las casas tienen dos puertas; una sobre la calzada, y otra sobre la agua, por donde se mandan con las barcas; y aunque está sobre agua edificada, no se aprovecha della para beber, sino que traen una fuente desde Chapultepec, que está una legua de allí, de una serrezuela, al pié de la cual están dos estatuas de bulto entalladas en la peña, con sus rodellas y lanzas, de Moteczuma y Axaiaca, su padre, segun dicen. Traénela por dos caños tan gordos como un buey cada uno. Cuando está el uno sucio, échanla por el otro hasta que se ensucia. Desta fuente se bastece la ciudad y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas, y en canoas van vendiendo de aquella agua, de que pagan ciertos derechos. Está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; y al otro Méjico, donde mora Moteczuma, que quiere decir manadero, y es el mas principal, por ser mayor barrio y morar en él los reyes: se quedó la ciudad con este nombre, aunque su proprio y antiguo nombre es Tenchtitlan, que significa fruta de piedra; ca está compuesto de tell, que es piedra, y de nuchtli, que es la fruta que en Cuba y Haiti llaman tunas. El árbol, ó mas propriamente cardo, que lleva esta fruta nuchtli se llama entre los indios de Culúa mejica-

nos, nopal; el cual es casi todo hojas algo redondas, un palmo anchas, un pié largas, un dedo gordas y dos, ó mas ó menos, segun donde nascen. Tiene muchas espigas dañosas y enconadas. El color de la hoja es verde, el de la espina pardo. Plántase, y va creciendo de una hoja en otra, y engordando tanto por el pié, que viene á ser como árbol. Y no solamente produce una hoja á otra por la punta, mas echa tambien otras por los lados; mas pues acá los hay, no hay qué decir. En algunas partes, como de los teuchimecas, donde es tierra estéril y falta de aguas, beben el zumo destas hojas de nopal. La fruta nuchtli es á manera de higós, que así tiene los granillos y el hollejo delgado. Pero son mas largos y coronados, como nispolas. Es de muchos colores. Hay nuchtli verde por defuera que dentro es encarnada, y sabe bien; hay nuchtli que es amarilla, otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que de colores tiene. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfetas y sabrosas son las blancas, de las cuales á su tiempo hay muchas. Duran mucho. Unas saben á peras, otras á uvas. Son muy frescas; y así, las comen en verano por camino y con calor los españoles, que se dan mas por ellas que los indios. Cuanto esta fruta es mas cultivada es mejor; y así, ninguno, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas ó magrillas. Hay tambien otra suerte de nuchtli, que es colorada, la cual no es preciada, aunque gustosa: Si algunos la comen, es porque vienen temprano y las primeras de todas las tunas. No las dejan de comer por ser malas ni desabridas, sino porque tienen mucho los dedos y labrios y los vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y sin esto, porque tienen la orina en tanta manera, que parece pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer destos higos colorados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, en que hacian reir los compañeros. Ansimesmo han picado muchos médicos recién llegados de acá, viendo las orinas de quien habia comido esta fruta colorada; porque engañados por el color, y no sabiendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre sano, á gran risa de los oyentes y sabidores de la burla. De aquella fruta nuchtli, y de tell, que es piedra, se compone el nombre de Tenchtitlan, y cuando se comenzó á poblar fué cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna; de la cual nascia un nopal muy grande, y por eso tiene Méjico por armas y devisea un pié de nopal nascido entre una piedra, que es muy conforme al nombre. Tambien dicen algunos que tuvo esta ciudad nombre de su primer fundador, que fué Tenuch, hijo segundo de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después dije, esta tierra de Anauac, que agora se dice Nueva-España. Tampoco falta quien piense que se dijo de la grana, que llaman nuchiztli, la cual sale del mismo cardon nopal y fruta nuchtli, de que toma el nombre. Los españoles la llaman carmesí por ser color muy subido, y es de mucho precio. Como quiera pues que ello fue, es cierto que el lugar y sitio se llama Tenchtitlan, y el natural y vecino tenuchca. Méjico, segun ya dije arriba, no es toda la ciudad, sino la media y un barrio, aunque bien suelen decir los indios Méjico

Tenchtitlan todo junto. Y creo que lo intitulan así en las provisiones reales. Quiere Méjico decir manadero ó fuente, segun la propiedad del vocablo y lengua; y así, dicen que hay al rededor del muchas fontecillas y ojos de agua, de donde le nombraron los que primero poblaron así. Tambien afirman otros que se llama Méjico de los primeros fundadores, que se dijeron mejiti; que aun agora se nombran méjica los de aquel barrio y poblacion; los cuales mejiti tomaron nombre de su principal dios é idolo, dicho Mejitli, que es el mesmo que Viteilopuchtlí. Primero que se poblase este barrio Méjico, estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzar en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de tlatelli, que es isla. Está Méjico Tenchtitlan todo cercado de agua dulce, como está en la laguna. No tiene mas de tres entradas por tres calzadas: la una viene de poniente trecho de media legua, la otra del norte por espacio de una legua. Hácia levante no hay calzada, sino barcas para entrar. Al mediodía está la otra calzada dos leguas larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, segun ya dije. La laguna en que está Méjico asentada, aunque parece toda una, es dos, y muy diferentes una de otra; porque la una es de agua salitral, amarga, pestífera, y que no consiente ninguna suerte de pesces, y la otra de agua dulce y buena, y que cria pesces, aunque pequeños. La salada cresce y mengua; mas segun el aire que corre, corre ella. La dulce está mas alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis ó siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho ó diez de largo, y mas de quince de ruedo. Otro tanto terná la dulce en cada cosa; y así, bojará toda la laguna mas de treinta leguas, y terná dentro y á la orilla mas de cincuenta pueblos, y muchos dellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo, que es Tezcucó, tan grande como Méjico. La agua que se recoge á esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sieras que están á vista de la ciudad y á la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas docientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque atl es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados á la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son á manera de artesas, y de una pieza hechas, grandes ó chicas, segun el tronco del árbol. Antes me acorto que alargo en el número destas acalles, para segun lo que otros dicen; ca en solo Méjico hay ordinariamente cincuenta mil dellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas dellas, y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial dia de mercado.

#### Los mercados de Méjico.

Llaman tianquiztli al mercado. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas Mé-

jico y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Especial lo es una dellas, donde se hace mercado los más días de la semana; pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Moteczuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, á cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártela por las calles más cerca, principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbon, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, erudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodela, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por las colores y extrañeza. La más rica mercadería es sal y mantas de algodón, blancas, negras y de todas colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de metl y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado; ca, allende que destas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan á otras con ellas, son tantas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores, que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapina, de aire, de agua, de tierra. Lo más lindo de la plaza es las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas tan al propio, que parece lo mismo que ó está vivo ó natural. Y acónteseles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando á una parte y á otra, al sol, á la sombra, á la vislumbre, por ver si dice mejor á pelo ó contrapelo ó al través, de la haz ó del envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera, como en la nuestra. El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego. Un plato ochavado, el un cuarto de oro, y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica, que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aun-

que tenga muchas. Vacian un papagayo que se le anda la lengua, que se le menee la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue piés y cabeza y tenga en las manos un huso, que parezca que hilaba, ó una manzana, que parezca que come. Y lo tuvieron á mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimesmo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas; pero no tan bien como por acá. Pues tornandó al mercado, hay en él mucha pluma, que vale mucho; oro, plata, cobre, plomo, latón y estaño, aunque de los tres metales posteriores es poco; perlas y piedras, muchas. Mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes. Huesos, chinas, esponjas y menudencias otras. Y ciertó que son muchas y muy diferentes y para reír las bujerías, los melindres y dijes destos indios de Méjico. Hay que mirar en las yerbas y raíces, hojas y simientes que se venden, así para comida como para medicina; ca los hombres y mujeres y niños conocen mucho en yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y guarescer de sus dolencias, que poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan á la plaza ungüentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yerbas; que aun hasta para matar los piojos tienen yerba propia y conocida. Las cosas que para comer venden no tienen cuento. Pocas cosas vivas dejan de comer. Culebras sin cola ni cabeza, perrillos que no gañen, castrados y cebados; topos, lirones, ratones, lombrices, piojos y aun tierra; porque con redes de malla muy menuda abarren en cierto tiempo del año una cosa molida que se cria sobre la agua de las lagunas de Méjico, y se cuaja, que ni es yerba ni tierra, sino como cieno. Hay dello mucho y cogen mucho; y en eras, como quien hace sal, lo vacian, y allí se cuaja y seca. Hácenlo tortas como ladrillos, y no solo las venden en el mercado, mas lévanlas también á otros fuera de la ciudad y lejos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcillo de sal, que con chilimolli es sabroso. Y dicen que á este cebo vienen tantas aves á la laguna, que muchas veces por invierno la cubren por algunas partes. Venden venados enteros y á cuartos; gamas, liebres, conejos, tuzas, que son menores que no ellos; perros, y otros, que gañen como ellos y que llaman cuzatli. En fin, muchos animales destos así, que crían y cazan. Hay tanto del bodegón y casillas de mal cocinado, que espanta dónde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como habia en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de diferentes aves. No hay número en el mucho pan cocido y en grano y espiga que se vende, juntamente con habas, frisoles y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes frutas de las nuestras que aquí se venden cada mercado, verdes y secas. Pero la más principal y que sirve de moneda son unas como almendras, que ellos llaman cacauatl, y los nuestros cacao, como en las islas Cuba y Haití. No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos y de otros muchos y buenos que carecemos, y ellos hacen de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pue-

den tener en la memoria. Hay miel de abejas, de centli, que es su trigo, de metl y otros árboles y cosas, que vale más que arrope. Hay aceite de chian, simiente que unos la comparan á mostaza, y otros á zaragatona, con que untan las pinturas porque no las dañe el agua. También lo hacen de otras cosas. Guisan con él y untan, aunque más usan manteca, sain y sebo. Las muchas maneras que de vino hacen y venden, en otro cabo se dirán. No acabaría si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros y otros, que muchos piensan que no los habia entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado destos de Méjico. Los que venden pagan algo del asiento al Rey, ó por alcabala ó porque los guarden de ladrones; y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos como alguaciles. Y en una casa, que todos los ven, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librandó pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra; este da un gallipavo por un hace de maíz; el otro da mantas por sal ó á dinero, que es almendras de cacauatl, y que corre por tal por toda la tierra; y desta guisa pasa la haratería. Tienen cuenta, porque por una manta ó gallina dan tantos cacaos. Tienen medida de cuerda para cosas como centli y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.

#### El templo de Méjico.

Al templo llaman teucalli, que quiere decir casa de Dios, y está compuesto de teult, que es Dios, y de calli, que es casa; vocablo harto propio, si fuera Dios verdadero. Los españoles que no saben esta lengua llaman cues á los templos, y á Vitcilopuctli Uchilobos. Muchos templos hay en Méjico, por sus parrochias y barrios, con torres, en que hay capillas con altares, donde están los ídolos ó imágenes de sus dioses; las cuales sirven de enterramientos para los señores cuyas son, que los demás en el suelo se entierran al rededor y en los patios. Todos son de una hechura, ó casi; y por tanto, con decir del mayor bastará para entenderse; y así como es general en toda esta tierra, así es nueva manera de templos, y creo que ni vista ni oída sino aquí. Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina á esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden á las calles principales que vienen de tierra por las tres calzadas que dije, y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle. En medio deste espacio está una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, ancha de un cantón á otro cincuenta brazas. Como sale de tierra y comienza á crecer el montón, tiene unos grandes rejeles. Cuanto más la obra cresce, tanto más se estrecha la cepa y disminuyen los rejeles; de manera que parece pirámide como las de Egipto, sino que no se remata en punta, sino en llano y en un cuadro de hasta ocho ó diez brazas. Por la parte de hácia poniente no lleva rejeles, sino gradas para subir arriba á lo alto, que cada una dellas alza la subida un buen palmo. Y eran todas ellas ciento y trece ó ciento y catorce gra-

das, que como eran muchas y altas y de gentil piedra, parecía muy bien. Y era cosa de mirar ver subir y bajar por allí los sacerdotes con alguna cerimonia ó con algún hombre para sacrificar. En aquello alto hay dos muy grandes altares, desviado uno de otro, y tan juntos á la orilla y bordo de la pared, que no quedaba más espacio de cuanto un hombre pudiese holgadamente andar por detrás. El uno destos altares está á la mano derecha, y el otro á la izquierda. No eran más altos que cinco palmos. Cada uno dellos tenía sus paredes de piedra por sí pintadas de cosas feas y monstruosas. Y su capilla muy linda y bien labrada de masonería de madera. Y tenía cada capilla tres sobrados, uno encima de otro, y cada cual bien alto y hecho de artesones; á cuya causa se empinaba mucho el edificio sobre la pirámide, y quedaba hecha una muy grande torre y muy vistosa, que se parecía de muy lejos. Y della se miraba y contemplaba muy á placer toda la ciudad y laguna con sus pueblos, que era la mejor y más hermosa vista del mundo. Y porque la viesen Cortés y los otros españoles, los subió arriba Moteczuma cuando les mostró el templo. Del remate de las gradas hasta los altares quedaba una placeta, que hacia anchura harta á los sacerdotes para celebrar los oficios muy á placer y sin embarazo. Todo el pueblo miraba y oraba hácia do sale el sol, que por eso hacen sus templos mayores así. Y en cada altar de aquellos dos habia un ídolo muy grande. Sin esta torre que se hace con las capillas sobre la pirámide, habia otras cuarenta ó más torres pequeñas y grandes en otros teucallis chicos, que están en el mismo círculo del mayor; los cuales, aunque eran de la misma hechura, no miran al oriente, sino á otras partes del cielo, por diferenciar al templo mayor. Unos eran mayores que otros, y cada uno de diferente dios. Y entre ellos habia uno redondo, dedicado al dios del aire, dicho Quezalcoatl; porque así como el aire anda al rededor del cielo, así le hacian el templo redondo; la entrada del cual era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenia los colmillos y dientes de bulto relevados, que asombraba á los que allá entraban, en especial á los cristianos, que se les representaba el infierno en verla delante. Otros teucallis ó cues habia en la ciudad, que tenían las gradas y subida por tres partes, y algunos que tenían otros pequeños en cada esquina. Todos estos templos tenían casas por sí con todo servicio, y sacerdotes aparte, y particulares dioses. A cada puerta de las cuatro del patio del templo mayor hay una sala grande con sus buenos aposentos al rededor, altos y bajos. Estaban llenos de armas, ca eran casas públicas y comunes; que las fortalezas y fuerzas de cada pueblo son los templos, y por eso tienen en ellos la munición y almacén. Habia otras tres salas á la par con sus azoteas encima, altas, grandes, las paredes de piedras pintadas, el teguillo de madera ó imaginería, con muchas capillas ó cámaras de muy chicas puertas y oscuras allá dentro, donde están infinitos ídolos grandes y pequeños, y de muchos metales y materiales. Están todos bañados en sangre y negros, de como los untan y rocían con ella cuando sacrifican algún hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos en alto, y los suelos un pal-

mo. Hieden pestilencialmente, y con todo esto entran en ellas cada día los sacerdotes; y no dejan entrar allí sino á grandes personas, y aun han de ofrescer algun hombre que maten allí. Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificados, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque, el cual se hinche de un caño que viene de la fuente principal que beben. Todo lo al del sitio grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, es corrales para criar aves, é jardines de yerbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como dicho es era este de Méjico, que para sus falsos dioses tenían los engañados hombres. Residen en él á la continua cinco mil personas, y todas duermen dentro, y comen á su costa dél, que es riquísimo; porque tiene muchos pueblos para su fábrica y reparos, que son obligados á tenerlo siempre en pié; y que de concejo siembran, cogen y mantienen toda esta gente de pan y frutas y de carne y pescado, y de leña cuanta es menester, y es menester mucha, y harta mas que en palacio. Y aun con toda esta carga, vivian mas descansados, y en fin, como vasallos de los dioses, segun ellos decian. Moteczuma llevó á Cortés á este templo para que los españoles lo viesan, y por mostrarles su religión y santidad, de la cual hablarémos en otra parte muy largo, que es la mas extraña y cruel que jamás oistes.

De los ídolos de Méjico.

Los dioses de Méjico eran dos mil, á lo que dicen. Pero los principalísimos se llaman Vitcilopuchtlí y Tezcatlipuca; cuyos ídolos estaban en lo alto del teucalli sobre los dos altares. Eran de piedra, y del gordor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de zacotl, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas á lo músico, de turquesas, esmeraldas, calcidonias, amatistas y otras pedrecitas finas que hacian gentiles labores, descubriendo el nácar. Tenian por cinta sendas culebras de oro gordas, y por collares cada diez corazones de hombres de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenia sus consideraciones y entendimiento. Ambos eran hermanos: Tezcatlipuca, dios de la providencia, y Vitcilopuchtlí, de la guerra, que era mas adorado y tenido que todos los otros. Otro ídolo grandísimo estaba sobre la capilla de aquellos ídolos susodichos, que, segun algunos dicen, era el mayor y mejor de sus dioses, y era hecho de cuantos géneros de semillas se hallan en la tierra, y que se comen, y aprovechan de algo, molidas y amasadas con sangre de niños inocentes y de niñas vírgines sacrificadas, y abiertas por los pechos para ofrecer los corazones por primicia al ídolo. Consagrábanlo con grandísima pompa y ceremonias los sacerdotes y ministros del templo. Toda la ciudad y tierra se hallaba presente á la consagracion, con regocijo y devoción inoreible, y muchas personas devotas llegaban á tocar el ídolo después de bendecido con la mano, y á meter en la masa piedras preciosas, tejuelos de oro y otras joyas y arcos de sus cuerpos. Después desto ningún seglar

podía, ni aun le dejaban tocar, ni entrar á su capilla, ni tampoco los religiosos, si no eran tlamacaztlí, que es sacerdote. Renovábanlo de tiempo á tiempo, y desmenuzaban el viejo; y beato el que podía haber un pedazo dél para reliquias y devociones, especial soldados. También bendecian entonces, juntamente con el ídolo, cierta vasija de agua con otras muchas ceremonias y palabras, y guardábanla al pié del altar muy religiosamente para consagrar al Rey cuando se coronaba, y para bendecir al capitán general cuando lo elegian para alguna guerra, dándole á beber della.

El osario que los mejicanos tenían para remembranza de la muerte.

Fuera del templo, y en frente de la puerta principal, aunque mas de un grande tiro de piedra, estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados á cuchillo; el cual era á manera de teatro, mas largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en que estaban engeridas entre piedra y piedra calavernas con los dientes hacía fuera. A la cabeza y pié del teatro habia dos torres hechas solamente de cal y cabezas los dientes afuera; que como no llevaban piedra ni otra materia, á lo menos que se viese, estaban las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro habia setenta ó mas vigas altas, apartadas unas de otras cuatro palmas ó cinco, y llenas de palos cuanto cabian de alto abajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacian muchas aspás por las vigas, y cada tercio de aspa ó palo tenia cinco cabezas ensartadas por las sienas. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbria, las contaron un día, y hallaron ciento y treinta y seis mil calavernas en las vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar. Cruel costumbre, por ser de cabezas de hombres degollados en sacrificio, aunque tiene apariencia de humanidad por la memoria que pone de la muerte. También hay personas diputadas para que, en cayéndose una calaverna, pongan otra en su lugar, y así nunca faltase aquel número.

Prision de Moteczuma.

Seis días que Fernando Cortés y los españoles estuvieron mirando la ciudad y los secretos della, y cosas notables que dicho habemos, y otras que después diremos, fueron muy visitados de Moteczuma y de su corte y caballería, y otras gentes, y muy cumplidamente proveidos, como el primer día, y ni mas ni menos los indios compañeros y los caballos, que les daban alcacer é yerba fresca, que la hay todo el año; harina, grano, rosas, y cuanto mas sus dueños pedian; y aun les hacian las camas de flores. Mas empero, aunque eran así regalados y se tenían por muy ufanos con estar en tan rica tierra, donde podian henchar las manos, no estaban contentos ni alegres todos, sino algunos con miedo y muy cuidadosos. Especial Cortés, á quien, como á caudillo y cabeza, tocaba velar y guardar sus compañeros; el cual andaba muy pensativo, viendo el sitio, gente y grandeza de Méjico y algunas congójas de muchos españoles que le venian con nuevas de la fortaleza y red en que metidos estaban, pareciéndoles ser imposible escapar hombre dellos el día que á Moteczuma se le antojase, ó se revolviere la ciudad, con no mas de ti-

rarles cada vecino su piedra, ó rompiendo las puentes de la calzada, ó no les dando de comer; cosas harto fáciles para los indios. Así que, pues con el cuidado que tenia de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvenientes para sus deseos, acordó prender á Moteczuma y hacer cuatro fustas para sojuzgar la laguna y barcas, si algo fuese, como ya traía pensado, á lo que yo creo, antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al Rey no tomarian el reino, y bien quisiera hacer luego las fustas, que era fácil cosa; mas por no alargar la prision, que era lo principal y el toque del negocio todo, las dejó para después, y determinó, sin dar parte á nadie, prenderlo luego. La ocasion ó achaque que para ello tuvo fué la muerte de nueve españoles que Cualpopoca mató, y la osadía, haber escrito al Emperador que lo prenderia, y querer apoderarse de Méjico y de su imperio. Tomó pues las cartas de Pedro de Hircio, que contaban la culpa de Cualpopoca en la muerte de los nueve españoles, para las mostrar á Moteczuma. Leyólas, y metióselas en la faltriguera, y paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendia, y que aun á él mismo le parecia temerario, pero necesario para su intento. Andando así paseando, vió una pared de la sala mas blanca que las otras; llegóse á ella, y conoció que estaba recién encalada, y que era una puerta de poco tiempo con piedra y cal. Llamó dos criados, que los demás ya, como era gran noche, dormian. Hizola abrir, entró, halló muchas cámaras, y en algunas mucha cantidad de ídolos, plumajes, joyas, piedras, plata, y tanto oro, que lo espantó, y tantas gentilezas, que se maravilló. Cerró la puerta lo mejor que pudo, y fué sin tocar á cosa ninguna de todo ello, por no escandalizar á Moteczuma, no se estorbare por eso su prision, y porque aquello en casa se estaba. Otro día por la mañana vinieron á él ciertos españoles, con muchos indios de Tlaxcallan, á decirle cómo los de la ciudad tramaban de los matar, y querian quebrar las puentes de las calzadas para mejor hacerlo. Así que con estas nuevas, falsas ó verdaderas, deja para recaudo y guarda de su aposento la mitad de los españoles, pone por las encrucijadas de las calles muchos otros, y á los demás dice que de dos en dos, y tres á cuatro, ó como mejor les pareciere, se vayan á palacio muy disimuladamente, que quiere hablar á Moteczuma sobre cosas que les va las vidas. Ellos lo hicieron así, y él fué derecho á Moteczuma con armas secretas, que así iban los que las tenían. Moteczuma lo salió á recibir, y metiólo en una sala, donde tenia su estrada. Entraron con él allá hasta treinta españoles; los demás quedaron á la puerta y en el patio. Saludóle Cortés segun acostumbraba, y luego comenzó á burlar y tener palacio, como otras veces solia. Moteczuma, que muy descuidado, y sin pensamiento de lo que fortuna ordenado tenia, estaba, y muy alegre y contento de aquella conversacion, dió á Cortés muchas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores para otros españoles. Él las tomó por no descontentarle, que le fuera afrenta á Moteczuma si no lo hiciera así; mas díjole que era casado y no la podía tomar por mujer; ca su ley de cristianos no permitia que nadie tuviese mas

de una sola mujer, so pena de infamia y señal en la frente por ello. Después de todo esto, mostróle las cartas de Pedro de Hircio, que llevaba, y hizóselas declarar, quejándose de Cualpopoca, que habia muerto tantos españoles, y dél mesmo, que lo habia mandado, y de que los suyos publicasen que querian matar los españoles y romper las puentes. Moteczuma se desculpó reciamente de lo uno y de lo otro, diciendo que era mentira lo de sus vasallos, y falsedad muy grande que aquel malo de Cualpopoca le levantaba; y porque viese que era así, llamó luego á la hora, con la saña que tenia, ciertos criados suyos, mandóles que fuesen á llamar á Cualpopoca, y dióles una piedra, como sello, que traía al brazo y que tenia la figura de Vitcilopuchtlí. Los mensajeros se partieron luego al momento, y Cortés le dijo: «Mi señor, conviene que vuestra alteza se vaya conmigo á mi aposento, y esté allá hasta que los mensajeros tornen, y traigan á Cualpopoca y la claridad de la muerte de mis españoles; que allá seréis tratado y servido y mandaréis como aquí. No tengais pena; que yo miraré por vuestra honra y persona como por la propia mia ó por la de mi rey; y perdonadme que lo haga así, ca no puedo hacer al; que si disimulase con vos, estos que conmigo vienen se enojarian de mí, que no los amparo y defiendo. Así que mandad á los vuestros que no se alteren ni rebullan, y sabed que cualquiera mal que nos viniere lo pagará vuestra persona con la vida, pues está en vuestra boca ir callando y sin alborotar la gente.»

Mucho se turbó Moteczuma, y dijo con toda gravedad: «No es persona la mia para estar presa, é ya que lo quisiese yo, no lo sufririan los míos.» Cortés replicó, y él tambien, y así estuvieron ambos mas de cuatro horas sobre esto, y al cabo dijo que iria, pues habia de mandar y gobernar. Mandó que le aderezasen muy bien un cuarto en el patio y casa de los españoles, y fué allí con Cortés. Vinieron muchos señores, quitáronse las ropas, pusieronlas so el brazo, y descalzos y llorando lo llevaron en unas ricas andas. Como se dijo por la ciudad que el Rey iba preso en poder de los españoles, comenzóse de alborotar toda. Mas él consoló á los que lloraban, y mandó á los otros cesar, diciendo que ni estaba preso ni contra su voluntad, sino muy á su placer. Cortés le puso guarda española con un capitán, que la quitaba y ponía cada día, y nunca faltaban de con él españoles que lo entretenian y regocijaban, y él se holgaba mucho de aquella conversacion, y les daba siempre algo. Era servido allí, como en palacio, de los suyos mesmos, y de los españoles tambien, que no veian placer que le no diesen, ni Cortés regalo que no le hiciese, suplicándole de continuo no tuviese pena, y dejándole librar pleitos, despachar negocios y entender en la gobernacion de sus reinos como antes, y hablar público y secretamente con todos cuantos querian de los suyos; que era cebo con que picasen en el anzuelo él y todos sus indios. Nunca griego ni romano ni de otra nacion, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender á Moteczuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros.

## La caza de Motecuzuma.

No solo tenía Motecuzuma toda la libertad que digo, estando así preso en casa y poder de los españoles, mas también le dejaba Cortés salir siempre que quería á caza ó al templo, que era hombre devotísimo y cazador. Cuando salía á cazar, iba en andas á hombros de hombres; llevaba ocho ó diez españoles en guarda de la persona, y tres mil mejicanos entre señores, caballeros, criados y cazadores, de que tenía grandísimo número; unos para montar, otros para ojeos, otros para altanería. Los monteros esperaban liebres, conejos y guanías; tiraban á venados, corzos, lobos, zorros y otros animales, así como coyutles, con arcos, de que diestros son y certeros, especial si eran teuchichimecas, que tienen pena errando el tiro de ochenta pasos abajo. Cuando mandaba cazar á ojeo, era maravilla de ver la gente que se juntaba para ello, y la caza y matanza que á manos, palos, redes y arcos hacían de animales mansos, bravos y espantosos, como leones, tigres, y unas como onzas, que semejan como gatos. Mucho es tomar un león, así por ser peligrosa presa y tener pocas armas y defensa los que lo hacen, aunque mas vale maña que fuerza; empero mucho mas es tomar las aves que van volando por el aire, á ojeo, como hacen los cazadores de Motecuzuma; los cuales tienen tal arte y destreza, que toman cualquiera ave, por brava y voladora que sea, en el aire, si el señor lo manda, según aconteció un día destes, que estando con Motecuzuma los españoles que lo guardaban, en un corredor, vieron un gavilán, y dijo uno dellos: «¡Oh qué buen gavilán! ¡Quién lo tuviese!» Entonces llamó ciertos criados, que decían ser cazadores mayores, y mandóles que siguiesen aquel gavilán y se le trajesen. Ellos fueron, y pusieron tanta diligencia y maña, que se lo trujeron, y él lo dió á los españoles; cosa que sobra de crédito, mas certificada de muchos por palabras y escrituras. Locura fuera de un tal rey como era Motecuzuma, mandar tal cosa, y necesidad de los otros obedecerle, si no lo pudieran ó supieran hacer; si ya no decimos que lo hizo por demostración de grandeza y vanagloria, y los cazadores mostrasen otro gavilán bravo, y jurasen ser aquel mismo que tomarles mandara. Si ello es verdad, como afirman, antes lo aría yo á quien lo tomó que no al que lo mandó. El mayor pasatiempo destas salidas era la caza de altanería, que hacían de garzas, milanos, cuervos, picazas y otras aves, recias y flojas, grandes y chicas, con águilas, buitres y otras aves de rapina, suyas y nuestras, que volaban á las nubes, y algunas que matan liebres y lobos, y como dicen, ciervos. Otros andaban á volatería con redes, losas, lazos, señuelos y otros ingenios, y Motecuzuma tiraba bien con arco á fieras, y con cebratana, de que era muy gran tirador y certero, á pájaros. Las casas á do iba eran de placer, y los bosques que dije, y fuera de la ciudad dos leguas por lo menos; y aunque algunas veces hacía fiesta y banquete allá á los españoles y señores que con él iban, nunca dejaba de tornar la noche á dormir á casa de Cortés, ni de dar algo á los españoles que le habían acompañado aquel día; y como Cortés viese con cuánta franqueza y alegría hacía mercedes, díjole que los españoles eran traviesos, y habían escudriñado la casa, y tomado cierto oro y otras cosas

que hallaron en unas cámaras; que viese lo que mandaba hacer dello; y era lo que él descubrió. El dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo al tomadlo para vos y para ellos; y si mas quereis, mas os daré.»

## Cómo Cortés comenzó á derrocar los ídolos de Méjico.

Cuando Motecuzuma iba al templo, era las mas veces á pié, arrimado á uno, ó entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del Rey, ó en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en abajando dellas; y si á pié, creo que la llevaba siempre, como ceptro. Era muy cerimonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo mas substancial ya está dicho desde que Cortés entró en Méjico hasta aquí. Los primeros días que los españoles llegaron, y siempre que Motecuzuma iba al templo, mataban hombres en el sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenían de ir allá con él, avisó Cortés á Motecuzuma que mandase á los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si quería que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo quería derribar los ídolos delante dél y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase dello; que se alborotarian y tomarían armas en defensa y guarda de su antigua religion y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario. Fueron pues Cortés y los españoles con Motecuzuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando á derrocar los ídolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Motecuzuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Motecuzuma les mandó estar quedos, y rogó á Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. El lo dejó, ca le pareció que aun no era sazón ni tenía el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero díjoles así con los intérpretes:

## La plática que hizo Cortés á los de Méjico sobre los ídolos.

«Todos los hombres del mundo, muy soberano Rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquiera otra parte, que vivan dél, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos sin duda ninguna somos, no solo semejantes en el cuerpo y alma, mas aun también parientes en sangre; empero acontese, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sean sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme á razon y á la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen á los ignorantes, y guien á los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvacion por la vereda de la verdadera religion. Yo pues, y mis compañeros, vos

deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto mas el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que á quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habeis dado. A vuestras personas ni á las de vuestros hijos ni mujeres, no habemos tocado, ni aun queremos; el alma solamente buscamos para su salvacion; á la cual agora pretendemos aquí mostrar y dar noticia entera del verdadero Dios. Ninguno que natural juicio tenga, negará que hay Dios; mas empero por ignorancia dirá que hay muchos dioses, ó no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro Dios sino el nuestro de cristianos; el cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, criador y gobernador de lo criado. El solo hizo el cielo, el sol, la luna y estrellas, que vosotros adorais; él mismo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, aves, plantas, piedras, metales, y cosas semejantes, que ciegameamente vosotros teneis por dioses. El asimesmo, con sus propias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una mujer; y formado, le puso el alma con el soplo, y le entregó el mundo, y le mostró el paraíso, la gloria y á sí mismo. De aquel hombre pues y de aquella mujer venimos todos, como al principio dije; y así, somos parientes, y heclura de Dios, y aun hijos; y si queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, inocentes y corregibles; lo que no podeis vosotros ser si adorais estatuas y matais hombres. ¿Hay hombre de vosotros que querría le matasen? No por cierto. Pues ¿por qué matais á otros tan crueldamente? Donde no podeis meter alma, ¿para qué la sacais? Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso; que si pudiese, no estaría ninguno sin hijos, y todos tenían cuántos quisiesen y como los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos; empero, como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dalos como quiere y á quien quiere; que por eso es Dios, y por eso le habeis de tomar, tener y adorar por tal, y porque llueve, serena y hace sol, con que la tierra produzca pan, fruta, yerbas, aves y animales para vuestro mantenimiento. No os dan estas cosas, no las duras piedras, no los maderos secos, no los frios metales ni las menudas semillas de que vuestros mozos y esclavos hacen con sus manos sucias estas imágenes y estatuas feas y espantosas, que vanamente adorais. ¡Oh qué gentiles dioses, y qué donosos religiosos! Adorais lo que hacen manos que no comeréis lo que guisan ó tocan. ¿Creéis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece y sentido ninguno tiene? ¿Lo que ni sana ni mata? Así que no hay para qué tener mas aquí estos ídolos, ni se hagan mas muertes ni oraciones delante dellos, que son sordos, mudos y ciegos. ¿Quereis conocer quién es Dios, y saber dónde está? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está allá arriba alguna deidad que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre y aun á los animales de agua y pan. A este Dios

HA.

HA. pues, que agora imagináis allá dentro en vuestros corozones, á ese servid y adorad, no con muerte de hombres ni con sangre ni sacrificios abominables, sino con sola devocion y palabras, como los cristianos hacemos; y sabed que para enseñaros esto venimos acá.»

Con este razonamiento aplacó Cortés la ira de los sacerdotes y ciudadanos; y con haber ya derribado los ídolos, antuviándose, acabó con ellos; otorgando Motecuzuma que no tornasen á los poner, y que barriesen y limpiasen la sangre hedionda de las capillas, y que no sacrificasen mas hombres, y que le consintiesen poner un crucifijo y una imagen de santa María en los altares de la capilla mayor, adonde suben por las ciento y atoree gradas que dije. Motecuzuma y los suyos prometieron de no matar á nadie en sacrificio, y de tener la cruz é imagen de nuestra Señora, si les dejaban los ídolos de sus dioses que aun derribados no estaban, en pié; y así lo hizo él, y lo cumplieron ellos, porque nunca después sacrificaron hombre, á lo menos en público ni de manera que españoles lo supiesen; y pusieron cruces é imágenes de nuestra Señora, y de otros santos entre sus ídolos. Pero quedóles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho tiempo. Mas honra y prez ganó Cortés con esta hazaña cristiana que si los venciera en batalla.

## Quema del señor Cualpopoca y de otros caballeros.

Veinte días andados después que Motecuzuma fué preso, volvieron aquellos sus criados que habían ido con su mandado y sello, y trajeron á Cualpopoca y á un hijo suyo, y otras quince principales personas, que, según hallaron por pesquisa, eran culpados y participantes en consejo y muerte de los españoles. Entró Cualpopoca en Méjico acompañado como gran señor que era, y en unas ricas andas que traían á hombres criados y vasallos suyos; y luego que habló á Motecuzuma, fué entregado á Cortés con el hijo y los quince caballeros. El los apartó y examinó estando con prisiones, y ellos confesaron que habían muerto los españoles en batalla. Preguntado Cualpopoca si era vasallo de Motecuzuma, respondió: «¿Pues hay otro señor de quien poderlo ser?» Casi diciendo de no. Cortés le dijo: «Muy mayor es el rey de los españoles que vos matasteis sobre seguro y á traicion; y aquí lo pagaréis.» Examináronse otra vez con mas rigor, y entonces todos á una voz confesaron cómo ellos habían muerto dos españoles, tanto por aviso é inducimiento del gran señor Motecuzuma, como por su motivo; y á los otros en la guerra que le fueron á dar en su casa y tierra, donde licitamente les pudieron matar. Cortés, por la confesion que de la culpa hicieron con su propia boca, los sentenció y condenó á quemar; y así, se quemaron públicamente en la plaza Mayor, delante todo el pueblo, sin haber ningún escándalo, sino todo silencio y espanto de la nueva manera de justicia que veían ejecutar en señor tan principal y en reino de Motecuzuma, á hombres extranjeros y huéspedes.

## La causa de quemar á Cualpopoca.

Mandó Cortés á Pedro de Hircio que procurase de poblar donde agora es Almería, porque Francisco de

Garay no entrase allí, pues ya lo habían echado una vez de aquella costa. Hircio requirió los indios á su amistad, para que se diesen al Emperador. Cualpopoca, señor de Nahutlan, ó cinco villas que agora llaman Almería, envió á decir á Pedro de Hircio cómo él no iba á darle obediencia por tener enemigos en el camino; mas que iría si le enviase algun español para le asegurar el camino, pues nadie osaría enojarle. Envióle cuatro, creyendo ser verdad, y porque tenía gana de poblar allí. Entrando los cuatro españoles en tierra de Nahutlan, les salieron muchos hombres con armas al encuentro, y mataron los dos, haciendo grande alegría; los otros dos escaparon heridos á dar la nueva en la Veracruz. Pedro de Hircio, creyendo haberlo hecho Cualpopoca, fué contra él con cincuenta españoles y con diez mil de Cempoallan, y llevó dos caballos que tenía y dos tirillos. Cualpopoca, desde que lo supo, salió con gran ejército á echarlos de su tierra. Peleó con ellos tan bien, que mató siete españoles y muchos cempoallanes; mas al cabo fué vencido, su tierra talada, su pueblo saqueado, y muchos suyos muertos y cativos. Estos dijeron cómo por mandado del gran señor Moteczuma había hecho todo aquello Cualpopoca. Pudo ser, que también lo confesaron al tiempo de la muerte; mas otros dijeron que por excusarse echaban la culpa á los de Méjico. Esto escribió Pedro de Hircio á Cortés á Chololla, y por estas cartas entró Cortés para prender á Moteczuma, según ya se dijo.

Cómo Cortés echó grillos á Moteczuma.

Antes que los llevasen á la hoguera, dijo Cortés á Moteczuma cómo Cualpopoca y los otros habían dicho y jurado que por su aviso y mandado mataron los dos españoles; y que lo había hecho muy mal, siéndole tan amigos y sus huéspedes; y que si no tuviera respecto al amor que le tenía, que de otra suerte pasara el negocio; y echóle unos grillos, diciendo: «Quien mata, merece que muera, según ley de Dios.» Esto hizo por ocupar el pensamiento en sus duelos y dejase los ajenos. Moteczuma se puso como muerto, y recibió grandísimo espanto y alteración con los grillos, cosa nueva para rey, y dijo que no tenía culpa ni sabía nada de aquello. Y así, luego aquel día mismo, ya que la quema fue hecha, le quitó Cortés los grillos, y le acometió con libertad para que se fuese á palacio. Él quedó muy gozoso en verse sin prisiones, y agradeció el comedimiento, y no quiso irse, ó porque le pareció, como ello debía ser, todo palabras y cumplimiento, ó porque no osaba, de miedo que los suyos no le matasen en viéndole fuera de españoles, por haberse dejado prender y tener así; y decía que si se iba de allí le harían rebelar, y matar á él y á sus españoles. Hombre sin corazón y de poco debía ser Moteczuma, pues se dejó prender, y preso, nunca procuró soltura, convidándole con ella Cortés y rogándole los suyos; y siendo tal, era tan obedecido, que nadie osaba en Méjico enojarle á los españoles por no enojarle; y que Cualpopoca vino de setenta leguas con solo decirle que el señor le llamaba, y con mostralle la figura de su sello, y que muchas leguas aparte hacían todos todo lo que quería y mandaba.

De cómo envió Cortés á buscar oro en muchas partes.

Tenía Cortés mucha gana de saber cuán lejos llegaba el señorío y mando de Moteczuma, y cómo se habían con él los reyes y señores comarcanos, y allegar alguna buena suma de oro para enviar á España del quinto al Emperador, con entera relación de la tierra y gente y cosas hechas; y por tanto, rogó á Moteczuma le dijese y mostrase las minas de donde él y los suyos habían el oro y plata. Él dijo que le placía, y luego nombró ocho indios, los cuatro plateros y conocedores del minero, y los cuatro que sabían la tierra á do los quería enviar; y mandóles que de dos en dos fuesen á cuatro provincias, que son Zuzolla, Malinaltepec, Tenich, Tututepec, con otros ocho españoles que Cortés dió, á saber los rios y mineros de oro y traer muestra dello. Partiéronse aquellos ocho españoles y ocho indios con señas de Moteczuma. A los que fueron á Zuzolla, que está ochenta leguas de Méjico y son vasallos suyos, les mostraron tres rios con oro, y de todos les dieron muestra dello, mas poca, porque sacan poco, á falta de aparejos ó industria ó codicia. Estos, para ir y volver, pasaron por tres provincias muy pobladas y de buenos edificios y tierra fértil; y la gente de la una, que se llama Tlamecolapan, es de mucha razón y mas bien vestida que la mejicana. Los que fueron á Malinaltepec, setenta leguas lejos, trajeron también muestra de oro que los naturales sacan de un gran rio que atraviesa por aquella provincia. A los que fueron á Tenich, que está el rio arriba de Malinaltepec, y es de otro diferente lenguaje, no dejaba entrar ni tomar razón de lo que buscaban, el señor della, que dicen Coaticamatl, porque ni reconoce á Moteczuma ni es su amigo, y pensaba que iban por espías. Mas como le informaron quién eran los españoles, dijo que se fuesen los mejicanos fuera de su tierra, y los españoles que hiciesen el mandado á que venían, para que llevasen recado á su capitán. Como esto vieron los de Méjico, pusieron mal corazón á los españoles, diciendo que era malo aquel señor y cruel, y que los mataría. Algo dudaron los nuestros de hablar á Coaticamatl, aunque ya tenían licencia, con lo que sus compañeros decían, y porque andaban los de la tierra armados y con unas lanzas de veinte y cinco palmos, y aun algunos con de á treinta. Mas al cabo entraron, porque fuera cobardía no lo hacer y dar que sospechar de sí, y que los mataran. Coaticamatl los recibió muy bien, hizoles mostrar luego siete ó ocho rios, de los cuales sacaron oro en su presencia y les dieron la muestra para traer, y envió embajadores á Cortés ofreciéndole su tierra y persona, y ciertas mantas y algunas joyas de oro. Cortés se holgó mas de la embajada que del presente, por ver que los contrarios de Moteczuma deseaban su amistad. A Moteczuma y los suyos no les placía mucho, porque Coaticamatl, aunque no es gran señor, tiene gente guerrera y tierra áspera de sierras. Los otros que fueron á Tututepec, que está cerca del mar y doce leguas de Malinaltepec, volvieron con la muestra del oro de dos rios que anduvieron, y con nuevas de ser aquella tierra aparejada para hacer en ella estancias y sacarlo; por lo cual rogó Cortés á Moteczuma que le hiciese allí una á nombre del Emperador. Él

mandó luego ir allá oficiales y trabajadores, y dentro de dos meses estaba hecha una casa grande, con otras tres chicas al rededor, para servicio, y en ella un estanque de peces con quinientos patos para pluma, que pelan muchas veces por año para mantas; mil y quinientos gallipavos, y tanto ajuar y aderezos de entre casa en todas ellas, que valía veinte mil castellanos. Había asimismo sesenta hanegas de centli sembradas, diez de frísoles, y dos mil piés de cacauath ó cacao, que nasce por allí muy bien. Comenzóse esta granjería, mas no se acabó, con la venida de Pánfilo de Narvaez y con la revuelta de Méjico, que se siguieron luego. Rogóle también que le dijese si en la costa de su tierra, que está á esta mar, había algun buen puerto en que las naves de España pudiesen estar seguras. Dijo que no lo sabía, mas que lo preguntaría ó lo enviaría á saber. Y así, hizo luego pintar en lienzo de algodón toda aquella costa, con cuantos rios, bahías, ancones y cabos había en lo que suyo era; y en todo lo pintado y trazado no parecía puerto ni cala, ni cosa segura, sino un grande ancon que está entre las sierras que agora llaman de Sant Martin y Sant Anton, en la provincia de Coazacoalco, y aun los pilotos españoles pensaron que era estrecho para ir á los Malucos y Especería. Mas empero estaban muy engañados, y creían lo que deseaban. Cortés nombró diez españoles, todos pilotos y gente de mar, que fuesen con los que Moteczuma daba, pues hacia tan bien la costa del camino. Partiéronse pues los diez españoles con los criados de Moteczuma, y fueron á dar á Chalchicocca, donde habían desembarcado, que ahora se dice Sant Juan de Ulúa. Anduvieron setenta leguas de costa sin hallar ancon ni rio, aunque toparon muchos, que fuese hondoable y bueno para naos. Llegaron á Coazacoalco, y el señor de aquel rio y provincia, llamado Tuchintec, aunque enemigo de Moteczuma, recibió los españoles porque ya sabía dellos desde cuando estuvieron en Potonchan, y dióles barcas para mirar y sondar el rio. Ellos lo midieron, y hallaron seis brazas donde mas hondo. Subieron por él arriba doce leguas. Es la ribera dél de grandes poblaciones, y fértil á lo que parecía. Sin esto, Tuchintec envió á Cortés con aquellos españoles algunas cosas de oro, piedras, ropas de algodón, de pluma, de cuero, y trigués, y á decir que quería ser su amigo y tributario del Emperador de un tanto cada año, con tal que los de Culúa no entrasen en su tierra. Mucho placer hubo Cortés con esta mensajería y de que se hobiese hallado aquel rio; ca decían marineros que del rio de Grijalva hasta el de Pánfilo no había rio bueno; mas creo que también se engañaron. Tornó á enviar allá de aquellos españoles con cosas de España para el Tuchintec, y á que supiesen mejor su voluntad, y la comodidad de la tierra y del puerto bien por entero. Fueron y volvieron muy contentos y ciertos de todo; y así, despachó luego Cortés allá á Juan Velazquez de Leon por capitán de ciento y cincuenta españoles, para que poblase y hiciese una fortaleza.

La prision de Cacama, rey de Tezcoco.

La poquedad de Moteczuma, ó amor que á Cortés y á los otros españoles tenía, causaba que los suyos no so-

lamente murmurasen, pero que tramasen novedades y rebelion, especial su sobrino Cacamacin, señor de Tezcoco, mancebo feroz, de ánimo y honra; el cual sintió mucho la prision del tio, y como vió que iba muy á la larga, rogóle que se soltase y fuese señor, y no esclavo. Y viendo que no quería, amotinóse, amenazando de muerte á los españoles; unos decían que por vengar la deshonra del Rey, su tio; otros que por se hacer el señor de Méjico, otros que por matar los españoles; sea por lo uno ó sea por lo otro, ó por todo, él se puso luego en armas, juntó mucha gente suya y de amigos, que no le faltaban entonces, con estar Moteczuma preso, y para contra españoles, y publica que quiere ir á sacar de cautiverio á Moteczuma y á echar de la tierra los españoles, ó matarlos ó comérselos. Terrible nueva para los nuestros; pero ni aun por aquellas bravuras no se acobardó Cortés; antes le quiso hacer luego guerra y cercarlo en su propia casa y pueblo, sino que Moteczuma se lo estorbó, diciendo que Tezcoco era lugar muy fuerte y dentro en agua, y que Cacama era orgulloso, bullicioso, y tenía todos los de Culúa, como señor de Culucan y Otumpa, que eran muy fuertes fuerzas, y que le parecía mejor llevarlo por otra via; y así, guió Cortés el negocio todo á consejo de Moteczuma, y envió á decir á Cacama que le rogaba mucho se acordase de la amistad que había entre los dos desde que lo salió á recibir y meter en Méjico, y que siempre era mejor paz que guerra para hombre que tiene vasallos; y dejase las armas, que al tomar eran sabrosas al que no las ha probado, porque en esto haría gran placer y servicio al rey de España. Respondió Cacama que no tenía él amistad con quien le quitaba la honra y reino, y que la guerra que hacer quería era en provecho de sus vasallos y defensa de sus tierras y religion; y primero que dejase las armas, vengaría á su tio y á sus dioses; y que él no sabía quién era el rey de los españoles, ni lo quería oír, cuanto mas saber. Cortés tornó á le amonestar y requerir otras muchas veces; y como escuchar no le quisiese, hizo con Moteczuma que le mandase lo que él le rogaba. Moteczuma le envió á decir que se llegase á Méjico para dar un corte á las diferencias y enojos entre él y los españoles, y á ser amigo de Cortés. Cacama le respondió muy agramente, diciendo que si él tuviera sangre en el ojo, ni estaria preso ni cativo de cuatro extranjeros, que con sus buenas palabras le tenían hechizado y usurpado el reino; ni la religion mejicana y dioses de Culúa abatidos y hollados de piés de salteadores y embaidores, ni la gloria y fama de sus antepasados infamada y perdida por su cobardía y apocamiento; y que para reparar la religion, restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iría de muy buena gana; mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habían hecho á la nacion de Culúa. En grandísimo peligro estaban los nuestros, así de perder á Méjico como las vidas, si no se atajara esta guerra y motin; porque Cacama era animoso, guerrero, porfiado, y tenía mucha y buena gente de guerra; y porque también andaban en Méjico ganosos de revuelta para cobrar á Moteczuma, y matar los españoles ó echarlos de la ciudad. Mas remediólo muy bien Mo-